

Vocación académica

Brenda Ríos

NO CONOZCO A NADIE QUE ME CUENTE que de niño soñaba con ser académico, profesor universitario, ponente, conferencista. Nadie. Quizá alguien soñaba con ser maestro de escuela (en Guerrero y Oaxaca no hay mucha opción; hasta hace poco la vida se resolvía comprando plazas para los hijos y sobrinos, tuvieran la carrera magisterial o no, eso era lo de menos; ser maestro o narcotraficante o militar: las tres opciones para el trabajo remunerado). Los maestros de escuela, los de primaria, son los héroes, sin duda, o vividores de un sistema que se ha caracterizado por su larga vida burocrática y simplona, carente de sentido y sirvienta de líderes sindicales. Los maestros son los tapetes para esos gordos de trajes baratos que luego vemos en los Vips arreglando sus asuntos.

Pero ser académico es un atajo para algunos, un negocio redondo. Un atajo de clase, de prestigio social y de reconocimiento. Un trabajo que —si las cosas se hacen bien— dará dinero, buen trato (“no, doctor”, “sí, doctor”), y hasta un campo siempre renovable de muchachas dispuestas a acostarse con ese pobre que, de otra manera, si no fuera por el poder de ser su profesor, jamás se habrían vuelto a verlo. Pero no es fácil, hay que comenzar por la pirámide de la servidumbre. Una vez que un maestro mayor lo adopta, el alumno se convierte en esclavo sacacopias y resolvidor de toda índole, desde asuntos personales hasta ayudar a preparar el informe del SNI a su amo. Eso le lleva unos diez o quince años de carrera como ayudante/adjunto/esclavo. Luego él podrá repetir



el esquema, una vez que gane la plaza, dado que los resultados son fantásticos y efectivos. El acoso sexual —o laboral— es un maquillaje más de un panorama más amplio o perverso

Lo sé porque lo he visto. Lo viví de cerca. Durante varios años mi vida iba para allá y en ese camino no había desviaciones. Hice prerequisites antes de cursar la maestría en Letras, en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM; luego trabajé un par de años y regresé al doctorado —¡quería más!—, estaba convencida de que mi vida sería puesta en un aula. Me compré el paquete completo. Aunque me falló el sistema de maestro/amo. Cuando llegué al campo de algodón, las plazas estaban ocupadas. Hacer el camino por la libre suele ser aún más complicado, si no imposible. Hay que estar ahí para darse cuenta, hay quien hace posgrado en artes —o literatura— como si fueran cursos de tarjetaría española: por aburrimiento. En la maestría conocí a gente valiosa y profesores que me retaron. Por eso quería seguir. Pero cuando uno alarga de más el encanto no siempre funciona. Fue la vocación, pensé.

Me gustaba dar clases (trabajé en la misma facultad por tres años dando clases en licenciatura), pero dejé de pensar en seguir el arduo camino de las prebendas y logros académicos, más competidos que un puesto en Tepito. No tenía amo/protector, aval (como los de Elektra), ni sabía desenredar los nudos de la ardua política universitaria; la vida, sin duda, estaba en otra parte. Cuando me di cuenta descubrí la dura y fría inercia de los actos. Fue en un congreso de literatura que decidí dejar todo. No veía el sentido. Personitas aburridas dictando conferencias sobre libros tan aburridos como ellos que sólo ellos leyeron, encontrando el hilo negro en una idea tan explotada que cuando su conferencia terminaba no podían entender cómo no salían levitando de ahí. Desapasionada de la articulación de ese discurso que era tan obvio que era cómico que no se dieran cuenta: “la novela está escrita en primera persona (¿?) cuando el autor pudo haberla escrito en

tercera. Es un narrador que elige la escena y juega con el lector”, y así hasta el infinito. Me faltó el tono, eso fue. Si mis maestros me evaluaban bien era por mi “entusiasmo y dedicación”, no por cumplir lo que se pedía: ese tono neutro, alejado de las pasiones y entregado a la ciencia de la crítica literaria. En mi evaluación final, donde se decidiría el rumbo de la vida, estaban cinco mujeres en una habitación, yo afuera, en el pasillo. No hablaban de mí, eso lo sabía porque llegué a conocer muy bien esas dinámicas. Hablaban de sus viajes de verano, de los colegios privados de sus hijos, de sus ropas. No de mi trabajo. Quizá los últimos minutos antes de que yo entrara y me dijeran qué seguía. No tengo más que agradecer su decisión. Cada quien hizo su parte.

Antes del desencanto, había entusiasmo, creí que la idea era leer. Leí tantos libros de teoría y filosofía que fue fácil olvidar qué creía yo, qué opinaba y qué sentía. Todo era el texto, el contenido, el juego, las personas narradas, las escenas narradas. Sentí una pereza tal. Pero muchos progresan en ello y, por eso, los admiro: los veo endiosarse, a estos profesorcitos de cuarta que trabajan para una universidad de cuarta, que presumen sus ediciones valiosas, su tiempo en las librerías, sus logros. Se halagan, se reseñan, se premian, se maravillan de la inteligencia del otro porque es mal visto hablar sólo de la propia. Si por ellos fuera, se pondrían en los pasillos de su facultad a lamerse sus talentos a la vista de todos.

Tengo amigos que se dedican al pantanoso negocio que puede ser tan honorable como nefasto de la academia. No es sólo el trabajo en aula. Es la investigación, el sistema de puntos, el ingreso al SNI como un ritual amazónico, primitivo (un contrato extraño, pues a partir de ese momento se calificará su “productividad” y el profesor hará lo que esté en sus manos por no dejar ir su nivel, a producir cada año el mismo libro si es necesario con algunos ajustes, a plagiar si es necesario (antes del control de Internet y de otros catálogos disponibles donde se puede encontrar lo que sea) pues

cualquiera podía plagiar y salir ileso; como ironía final, en un medio intelectual donde son muy pocos los que leen y revisan; nadie se daría cuenta.

Como cualquier trabajo, la academia tiene su parte de farsa. Se ponen estrictos, llegan al examen de grado de un estudiante de licenciatura sin tener la menor idea de la tesis presentada. Para salir del paso le reclaman al estudiante sobre su bibliografía, o eligen una página al azar, recuerdan una nota mental que nunca escribieron y sueltan una pregunta tan abstracta que el alumno reclusa un momento, sospechando la trampa. Un profesor de mucho prestigio me dijo un día que las universidades están sostenidas por el trabajo efectivo del treinta por ciento de sus profesores. Los que investigan, los que preparan clase, los que preparan ponencias, los que dan asesoría a sus alumnos. Los demás flotan. Eso. Flotan como la mujer vestida de novia del cuadro de Chagall.

La universidad me parece un lugar tan valioso que lo mejor que uno podría hacer es irse de inmediato de ahí y no permitir que lo abracen las pantallas del *glamour* que uno cree encontrar en el conocimiento, en la vida segura y privilegiada. Tener más de treinta años y no haber tenido nunca un trabajo fuera de la universidad, y haber pasado al doctorado justo después de la maestría, lo único que ocasiona es que disminuyan su independencia intelectual pues pertenecen al amo (si lo hubiera) o a un sistema de pensamiento; Susan Sontag es ejemplo de prodigio al saber mantener los ojos puestos en la teoría y los ojos puestos en el mundo, la vida real. Como no suele abundar el talento para ambas cosas, no es fácil darse cuenta de que lo único que hacen es hablar las mismas cosas con las mismas personas. No hay diálogo, hay lectura de labios que repiten las palabras, “espejo, espejo, ¿quién es el más inteligente?”

Les da horror salir. Puedo entender eso. Son como presidiarios con rutinas armadas. Trabajar de otra cosa, poner a prueba otras habilidades, aprender

a pensar-hablar-escribir con sus opiniones personales, sin estar asomados de los muros de esos grandes nombres que ostentan como teóricos de cabecera. La comodidad que da pertenecer a la universidad, a un sistema de inercia de premios —más que castigos—, de estímulos —pavlovianos: salivar ante los puntos o publicar en revistas indexadas—, hace que el trabajo sea más estable que la libra esterlina; por lo mismo, es peligroso: el conocimiento se concentra en un limitado punto de vista, empobrecido, y con cada generación se pierde posibilidad de réplica y de ser contestatario. Inertes, los estudiantes aprenden desde el primer semestre cómo se puede llegar al lugar de la persona frente a ellos y se aplicarán a buscar lo mismo, sin retos. En poco tiempo, las universidades como fuentes de empleo agotan la posibilidad de dar cabida a sus egresados. El presente exige otras posturas. Sin grandes pensadores, sin teóricos, sin pasiones verdaderas; los viejos ilustrados no lograron pasar la estafeta y las universidades se llenan de mentes aplacadas, lánguidas, nacidas con aires de grandeza y la grandeza ocupa todo el espacio en la reducida habitación de su mundo.

La universidad cumple la tarea de dar herramientas. Un panorama de ciertos saberes. Y nos debe enseñar a valernos por nuestros medios. A adaptarnos afuera. No ser la campana de cristal que aísla si se coloca sobre el aula. Amar la universidad es aprender a irse. Como la casa paterna. Dar las gracias e irse. En un país como el nuestro, es mejor tener educación a nada. Menos carne de cañón. En un salón de clases, a alumnos de catorce o quince años les dije una vez: esto que aprenden aquí, lo está aprendiendo alguien de su edad en una escuela pública en Grecia o en Italia. Los saberes son estos. Los saberes básicos. Ya luego cada uno hará de eso algo propio, para eso se enseña. Si no toman lo que hay no podrán cuestionar nada. Si no cuestionan se quedarán justo donde están. Cuando la realidad es la misma, lo de menos es el aburrimiento. ■■■